

EL SABER ECONOMICO EUROPEO (*)

I. En primer lugar, el pensamiento económico es una genuina expresión del modo de ser y de saber europeos, pues se trata de un saber destinado a comprender y a dominar al mundo exterior en su doble vertiente de la naturaleza y de la sociedad humana.

Cierto que el dominio de la naturaleza parece corresponder, en primer lugar, a la técnica; pero, en puridad, la técnica no hace más que ofrecer posibilidades, que se convierten en realidades gracias a la economía. La técnica —ha dicho Sombart— es una elección de medios para un objetivo dado, mientras que la economía, por el contrario, es una elección de objetivos de acuerdo con unos medios. Es, por tanto, claro que la función directiva, la función de poner la naturaleza al servicio del hombre, ha correspondido siempre a la economía. Por eso si bien los pueblos extraeuropeos, como los chinos o los árabes, han sido autores de invenciones técnicas, sólo el sentido y el saber económico de los pueblos europeos ha sido capaz de desplegar de modo amplio esas posibilidades, incorporarlas a la vida diaria de la gran masa de los hombres, ampliar el círculo de apropiación de bienes materiales y culturales, elevando su nivel de vida, y —al impulso de motivos económicos— darles todo el desarrollo que estaba potencialmente contenido en ellas.

Junto al dominio de la naturaleza, el saber económico ha pretendido el de otra faceta del mundo exterior: el de la sociedad. Y también en este aspecto se trata de algo que, en sus líneas generales, es rigurosamente europeo. Pues mientras que el hombre oriental recibe su destino tal cual es y siente la sociedad como algo estático e incommovible —de lo que es expresión su ordenación en castas—, en cambio, el hombre europeo ha pretendido siempre la-

(*) El presente trabajo constituye una comunicación al Seminario sobre Europa del I. E. P., que se publica exactamente como fué redactada para aquella ocasión.

brarse su destino y ha sentido dentro de sí la posibilidad de reaccionar sobre la vida social.

Dentro de la época en que Europa aparece como unidad histórica, el primer medio para la dominación de la sociedad por el hombre ha sido el Estado moderno, y justamente con él nace la primera forma de saber económico semicientífico: el mercantilismo. Sus pretensiones son todavía modestas: se trata de una rama de la política que tiene como objeto proporcionar los recursos económicos necesarios para el acrecimiento del poder político. Pero en el cumplimiento racional de su objetivo, el mercantilismo necesitó partir de la observación y del conocimiento de las relaciones espontáneas del sistema económico, de modo que en sus postrimerías hubo de reconocer la existencia de legalidades económicas de vigencia superior a cualquier normatividad estatal.

Ello abre vía, no sólo para la autonomía de la economía con respecto a la política, sino también para la afirmación del primado de ésta sobre aquélla. Tal viraje, que tiene lugar en la última mitad del siglo XVIII, se debe a tres especies de motivos:

a) Al desplazamiento del centro de gravedad del Estado hacia la sociedad, y concretamente, hacia la sociedad burguesa, y con ello la antigua política económica se transforma en economía, el sujeto en torno al cual se construyen las especulaciones sobre la riqueza ya no es el Estado, sino la sociedad o el hombre individual.

b) Por la extendida creencia durante el siglo XVIII de que la sociedad obedece a supuestos económicos, de lo que es prueba, entre otros ejemplos, la división histórica de las sociedades humanas en sociedades de pescadores, cazadores, pastores, agricultores, etcétera, o la teoría de las clases sociales; de modo que la estructura presente o pasada de la sociedad reposa sobre criterios económicos.

c) Por consiguiente, si la sociedad reposa sobre criterios económicos, es claro que el saber económico ha de adquirir enorme relevancia en lo que se refiere a la dominación de esta sociedad por el hombre. Pero, además, se daba el caso de que de todas las dimensiones de la sociedad humana, sólo una se manifestaba particularmente apta para la aplicación del esquema científico natural, único al que entonces se le concedía auténtico rango científico: la economía. Ello era así: 1), porque esta esfera se manifestaba de manera patente, no como campo de sustancias, sino de relaciones; 2), porque en ella todas las cualidades se transforman en

cantidades; 3), por su posibilidad de elementalización, es decir, de reducción de los fenómenos complejos a fenómenos elementales; 4), por sus posibilidades de cuantificarlos y hacerlos calculables, a fin de, 5), reducirlos a conceptos y leyes generales.

De este modo la ciencia económica nace como una ciencia social destinada a sustituir hasta cierto punto la ciencia política tradicional, a la que considera «incapaz de devolver a los cuerpos políticos la salud que han perdido»; como una ciencia «cuya profundidad está hecha de oscuridad y cuyas contradicciones no osan mostrarse a la luz del día; como «la ciencia de Maquiavelo, de Richelieu y de Bonaparte». En fin, como una ciencia conjetural, frente a la cual aparece la economía como conocimiento cierto, seguro, preciso, expresado en leyes y conceptos generales e impersonales, y no en divagaciones o meras reglas empíricas. Gracias a este su carácter científico, la economía podrá conformar la sociedad, bien dejando sus fuerzas a su propio curso, bien dirigiéndola desde supuestos económicos.

La economía es, pues, una ciencia luchadora, una expresión del espíritu faústico del europeo, una ciencia en la que, por su propio objeto y estructura, se manifiesta de modo patente que saber es poder. Sin duda que, más tarde, y a medida que se estabiliza el régimen capitalista y las ciencias son dominadas por el formalismo, este carácter combativo pasa a veces a segundo plano para dar lugar a la llamada «economía pura» o de simple especulación. Pero, en primer lugar, por abstracta que sea una fórmula económica, siempre late en ella la posibilidad de aplicación, y, en segundo lugar, cuando en nuestro tiempo se pone en crisis tanto la sociedad como el sistema económico, vemos de nuevo transformada la economía en ciencia luchadora, hasta tal punto que la discusión sobre el problema político más agudo que tiene nuestra época, a saber: el de la compatibilidad entre seguridad económica y libertad, entre planificación y libertad, está totalmente en manos de economistas o de gentes con conocimientos económicos.

Digamos ahora unas palabras sobre la situación de la economía en la estructura del saber europeo y su creciente ganancia de espacio y dignidad en el seno del mismo. De mero saber empírico práctico con los mercantilistas, adquiere rango intelectual con Adam Smith y los fisiócratas. El economista ya no es un burócrata o un «experto», sino un «intelectual». Más tarde, como dice Carl Schmitt, «el *clerc* del siglo XIX es, ante todo, un especialista en cuestiones

económicas». El saber económico se convierte simultáneamente en saber culto e incluso en saber de salvación en sentido secular, pues gracias a él ya no habrá guerras, las necesidades humanas serán satisfechas y reinará la felicidad entre los hombres. La economía se convierte definitivamente en ciencia, y en sus direcciones seguirá el destino general de las ciencias del espíritu: veremos en ella el romanticismo, representado por Adam Müller; el historicismo, por las dos escuelas históricas; el nacionalismo, por List; el psicologismo, por la escuela de Viena y los marginalistas; el neokantismo y su correspondiente polémica de métodos (discusión Menger y Schmoller); no falta la «teoría pura», que en este caso, por razones comprensibles, toma forma matemática, y, en fin, la fenomenología, brillantemente representada por Eucken.

Pasado el período heroico tiene reconocimiento administrativo, convirtiéndose en asignatura, hasta dar lugar más tarde a una Facultad o Escuela de Ciencias Económicas, de modo que de brote se ha convertido en una compleja rama del árbol de las ciencias. Sus repercusiones sobre la historiografía y sobre la sociología son tan patentes y conocidas que apenas merecen ser enunciadas.

II. En el apartado anterior hemos mostrado cómo el saber económico responde a esa nota del espíritu europeo y de los pueblos de emigración europea caracterizada por la tendencia hacia el dominio del mundo exterior; hemos aludido también a cómo su nacimiento con el mercantilismo tiene lugar ante una situación concreta muy europea, a saber: un sistema de Estados en relaciones concurrentes y para cuya concurrencia necesitan movilizar sus fuerzas, y hemos mostrado, además, cómo cambia la finalidad y el contenido de la economía cuando en la realidad europea se desplaza el centro de gravedad del Estado hacia la sociedad. Pero todavía queremos insistir sobre la relación entre la relevancia del pensamiento económico y la estructura de la sociedad europea. En efecto, la diferencia más notable de la estructura social de Europa respecto a las orientales es la existencia de la burguesía y, con ella y a la larga, del proletariado. Pues bien, el saber económico va indisolublemente unido a esta polaridad. Sin la formación de la burguesía, el saber económico no habría tenido lugar o, cuando menos, hubiera seguido otros rumbos. Recuerdo un juicio de List sobre Adam Smith, que es bien demostrativo, a este respecto: la teoría de A. Smith, dice, «es la teoría del comerciante o del *comptoir*»; es «el sistema de economías privadas de todos los individuos

de un país». La teoría económica nace, pues, al conjuro de la sociedad burguesa. Pero lo notable es que la crítica a esta sociedad se hace capitalmente desde el lado económico, y ello no sólo por los marxistas, sino también por las tendencias conservadoras de un Müller, de un Sismondi, de un Villeneuve de Bargemont, de un Von Stein, de un Taparelli, de los políticos sociales, etc. En consecuencia, la existencia y la estructura de partes muy considerables del saber económico reposan sobre realidades sociales típicamente europeas.

III. Hasta ahora hemos tratado del saber económico científico. Pero para terminar queremos decir unas palabras sobre el saber económico empírico, sobre ese saber que consiste, simplemente, en «saber a qué atenerse», «saber de qué se trata» y «obrar en consecuencia»; en una palabra: al saber del empresario o simplemente del hombre de actividades económicas, y que consiste en la justa aplicación empírica del principio económico. Este tipo de saber tiene, para nosotros, una importancia de primer orden, pues mucho más que los barcos, los cañones y los funcionarios coloniales, ha contribuido a extender por el mundo las formas y los modos de vida europeos. Ha introducido las mercancías, y con ellas un sistema de necesidades próximo al europeo; ha contribuido a la unificación y nivelación de la imagen del mundo; ha impregnado de su espíritu a las sociedades extraeuropeas, en medida muy superior a lo que pueda hacerlo un régimen político, que siempre es algo superpuesto, mientras que la economía penetra la vida inmediata y diaria de cada cual; ha llevado los modos de organización europeos al organizar sus explotaciones y empresas en espacios extraeuropeos; ha roto estructuras sociales tan rígidas como las castas, al hacer trabajar en la misma explotación a un paria y un brahman; ha puesto en explotación territorios hasta entonces perdidos para el hombre y al margen de la economía mundial.

Y con ello el saber económico no sólo ha homogeneizado importantes aspectos de la vida humana, sino que ha afirmado el predominio social europeo, en medida superior al conseguido por los simples medios políticos y en medida sólo comparable al conseguido por los religiosos.

IV. Sin embargo, al llegar a este punto la nota ha de ser un tanto pesimista. El saber económico práctico ha pasado a los americanos. Ya no estamos ante un fenómeno de extensión del sistema de necesidades europeo por el mundo entero, sino de extensión del

sistema americano. En cuanto al saber económico científico, nada puedo decir, pues no soy especialista. Por un lado, tengo la sospecha de que en Europa han dejado de darse los supuestos para el despliegue de tal saber. Por otro, sin embargo, recuerdo que, en el capítulo 26 de *El Príncipe*, Maquiavelo nos habla de Italia «más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefe, sin organización, vencida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades». La respuesta a esta situación angustiosa fué la creación del saber político por parte de Maquiavelo; del mismo modo que la situación de Francia, escindida por las sediciones, dió lugar al de Bodino, y a la anarquía o derecho del más fuerte en los mares provocó el Derecho internacional de Grocio. Cabe pensar, por consiguiente, si la angustia de la situación europea no provocará un florecimiento del saber económico, que realice la divisa con que Humboldt, después del desastre de Jena, quiso expresar el significado de la nueva Universidad de Berlín: «restaurar con fuerzas espirituales las fuerzas materiales perdidas».

M. GARCÍA-PELAYO